

Norma Angélica Cuevas Velasco*
Universidad Veracruzana
México

UDK 821.134.2:929 Šulović K.

EN MEMORIA DE KSENIJA ŠULOVIĆ VIAJE A PERÚ DESDE NOVI SAD

Su padre fue un ingeniero de puentes y por esa profesión se trasladaba de los Balcanes a la región andina de América Latina por periodos largos. Los acercamientos con la familia eran escritos o al insuficiente hilo de la voz mediada por el teléfono hasta que la madre y la pequeña Ksenija partieron al Perú, después de concluidos los primeros estudios con evaluaciones adelantadas especialmente para apoyar el proyecto de vida de la familia Šulović. En las playas del Océano Pacífico fue testigo (sin saberlo hasta muchos años después) del esmero de su padre no solo por complacerlas sino por demostrarles que allí estaba él para enseñarles un nuevo mundo. El primer encuentro con esa variante andina del español fue una advertencia disfrazada de invitación: «¡Quién se atrevía a bañarse en aguas visitadas por tiburones!»

– ¿Qué ha dicho ese hombre papá? ¿Por qué manoteaba tanto y gritaba sin que mi madre pudiera entender su idioma?

– Nada importante ha dicho. Me ha recomendado un Club con piscinas y jardines para que convivas con chicas de tu edad.

– ¡Qué bien!

En el Club, tirada a un lado de la piscina comenzó a reconocer el tono picante de algunas expresiones ingeniosas, como aquella que para describir el impacto que su porte y figura expresó un joven asiduo al mismo Club: «¿Es verdad que su padre es ingeniero?», –preguntó él. Y de inmediato ella respondió: – Sí lo es. «Pues claro que lo es, basta mirar lo que ha hecho», –remató el joven con un ademán que apuntaba de la cabeza a los pies de la joven Ksenija.

Fue la infancia más feliz jamás imaginada: paisaje abierto como su espíritu, ceviche fresco como su sonrisa y un idioma que, como su presencia, lo invadía y perfumaba todo con expresiones que desbordaban candidez, curiosidad y ternura a un tiempo.

Este viaje a la vida de Ksenija no paró con la ventana abierta a su infancia. Visitamos varias estaciones, todas maravillosas. Otra de las más disfrutables fue la

* ncuevas@uv.mx

que nos permitió mirar a la mujer en plenitud: traductora profesional, bibliotecaria y madre. Del recorrido por el centro histórico de Novi Sad, del paseo hacia la fortaleza de Petrovaradin, que nos permitió descubrir a una filóloga e historiadora enamorada de su país, de su ciudad, me quedo con la visita a la Biblioteca Matica Srpska. Mientras subimos y bajamos por todos los pisos de ese monumental edificio, mientras entrábamos a una oficina y a otra saludando a todas las personas que fueron compañeros de Ksenija cuando laboraba allí, un aroma santificado nos fue invadiendo. «¿Qué te ha parecido?», –me pregunto. Respondí de inmediato que me sentía como si hubiera entrado a una gran iglesia y escuchado una misa de sanación. Me siento en paz, concluí. Ella asintió, me tocó el hombro y dijo: «Es verdad», arrastrando con una sonrisa ese monosílabo que nos hizo caminar en silencio las escaleras que nos llevaría a la sala de la entrada del edificio donde se ordena una gran biblioteca recibida en donación.

Después de esto y antes de participar del rito que es degustar la *apatinski riblji paprikaš*, Ksenija nos compartió su relación con las religiones y nos enseñó el ceremonial que honra la memoria de los muertos y de los vivos. Encendimos las dos llamas y hoy me consuela un poco que la segunda, la que se coloca en la bandeja de arriba, la incluía a ella. Hoy, aquí en México, sé que, en noviembre, en mi altar a los Fieles Difuntos, a Todos Santos, estará la vela que le corresponde por haber iniciado el viaje que a todos nos espera.

Reímos en muchas ocasiones y otras, al menos, también dejamos que las lágrimas nos nublaran la vista. En esos días esos días azules del abril de Novi Sad, Ksenija era una plétora de emociones: su madre en la casa para ancianos, la posible boda de su hija, el coqueteo con la idea de convertir la casa paterna es lugar de alquiler, el retiro laboral, la modificación del manual de enseñanza del español, los artículos sobre la exclusión social, su participación en el grupo de teatro, las plantas, su corte de pelo, los amores de juventud y el reencuentro con ellos a destiempo, los vecinos, los colegas, los estudiantes, los productos chinos y el rifle sanitario para terminar con las ratas voladoras fueron tema conversación veloz, casi tan rápidas como la increíble presentación de libros que logró hacer en el Congreso de la Tercera Conferencia Nacional de Hispanistas Serbios y que todos aplaudimos llenos de felicidad, contagiados por su ingenio y esmero. Juro que Ksenija actuó como si grabara un Tik-Books. El foco de todos estos fugaces temas estuvo en la Fiesta de San Fermín a la que pudo asistir. ¡cómo se iluminaban sus ojos recordando ese paseo! Qué sorpresa más grande nos llevamos al saber que el muchacho que las acompañó durante la recolección de aceitunas volvió a aparecer en su vida únicamente para que su memoria activará ese espacio de luz. Soy incapaz de reproducir las emociones que vivimos mientras Ksenija relataba estas aventuras.

Cuando miré y escuché a Ksenija intuí que algo especial sucedería con ella; lo intuimos juntas Valeria y yo, pero entonces no tuvimos a nuestro alcance la clave para comprender la cifra oculta de ese encuentro. Hoy sé que mi estancia en Novi Sad tenía varios propósitos. El que más me conmueve es el de haber acompañado a Ksenija a recoger sus pasos; viajar con ella al Perú y traérmela, de alguna forma, a México como era su ilusión. Descansa en paz, querida profesora, hacedora de puentes humanos.



Ksenija Šulović 1960–2022